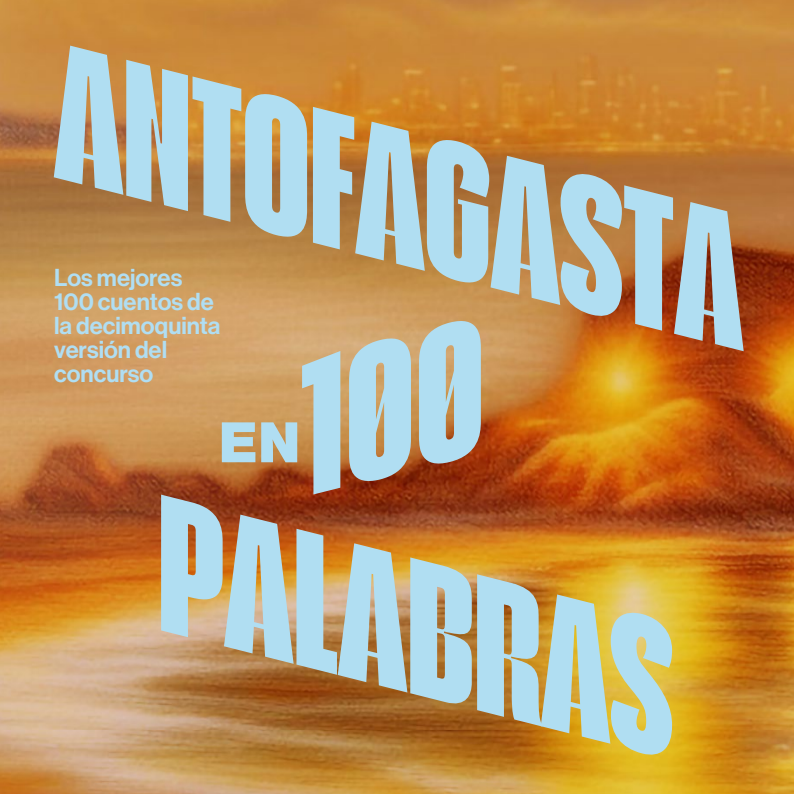




ANTOFAGASTA

Los mejores
100 cuentos de
la decimoquinta
versión del
concurso

EN 100

PALABRAS

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOQUINTA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Abril de 2025

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio
y Gaggero Works
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción n° 2025-A-1657 en el
Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-65-1

Tiraje: 20000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl
Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

ANTOFAGASTA

Los mejores
100 cuentos de
la decimoquinta
versión del
concurso

EN 100

PALABRAS

Todos tenemos historias que contar, y esas historias merecen ser contadas y también escritas. Antofagasta en 100 Palabras cumple este 2025 dieciséis años en donde miles de antofagastinos y antofagastinas han escrito su propio relato.

Celebramos los más de 68 mil cuentos que se han reunido a lo largo del concurso y agradecemos a todos quienes han contribuido palabra a palabra con este proyecto, personas de todas las edades que año a año participan con sus historias.

Este libro reúne los cien mejores cuentos de la decimoquinta edición de Antofagasta en 100 Palabras. En estas páginas encontramos historias de diferentes lugares de la región, un mapa literario que se despliega para adentrarnos en el imaginario de quienes vivimos en este territorio.

Como Escondida | BHP nos enorgullece ser parte de esta iniciativa que busca fomentar la creatividad y fortalecer nuestra identidad. Creemos que estos cuentos son un registro invaluable para conocer la región y su diversidad.

Esperamos que los cuentos de este libro les inspiren a escribir su historia en esta nueva edición de Antofagasta en 100 Palabras.

ESCONDIDA | BHP

¿Te imaginas que el cielo se transformara en un mar lleno de peces multicolores? ¿Te imaginas que la Mano del Desierto comience a moverse por sí sola? ¿Te imaginas que La Portada fuera desde hoy un portal al pasado? Con Antofagasta en 100 Palabras queremos invitarte a la aventura de imaginar y crear a través de la escritura.

En esta nueva edición del concurso que recién comienza esperamos que se escriban miles de cuentos que sigan enriqueciendo el enorme relato colectivo que se ha construido con el proyecto. En los cuentos de Antofagasta en 100 Palabras encontramos las diversas miradas que convergen en una región como esta, a través de las experiencias cotidianas de quienes la habitan, como la presencia del tren, el mar y los minerales, los recuerdos infantiles o el protagonismo del desierto y su magnitud.

Como Fundación Plagio estamos felices de poder realizar este proyecto junto a Escondida | BHP, buscamos que este viaje creativo que comenzó hace más de quince años siga sorprendiéndonos con el enorme valor de las historias que se escriben en Antofagasta.

Ojalá estos cuentos logren divertirles, emocionarles y por sobre todo permitan que su imaginación vaya a lugares inesperados.

Quizás puedes comenzar leyendo un cuento de este libro al azar. ¿Qué te dijo?

FUNDACIÓN PLAGIO

El día sin sombra

Hay un curioso fenómeno astronómico que ocurre sin falta cada año en la base Cerro Moreno. En este día el sol se corona en la cima del cielo y, como acto de tomar su posición, permite a nuestras sombras tomar un día de descanso. Agotadas de acompañarnos cada día, las sombras van a su dimensión. Seguramente van a ver a sus amigos, a tomarse una cerveza y a relajarse en su sillón. Cuando el sol comienza a bajar, la hora de trabajar de las sombras comienza una vez más. Estirándose desde nuestras piernas, dispuestas a acompañarnos un año más.

DIEGO DÍAZ HERRERA, 30 años, Antofagasta.

Mejillones y sus visitantes

Queríamos conversar y apreciar el mar en las colinas, una cerveza y unos cigarros nos invitaban a relajarnos, una arena fría refrescaba los pies, un aire cálido acariciaba la piel. En el horizonte una luz de colores y en dos minutos ya eran siete, silencio absoluto, no hubo miedo, los visitantes nos regalaron un hermoso momento de paz.

PRISCILLA HUERTA CASTILLO, 43 años, Antofagasta.

La vuelta al mundo en 30 minutos

En Londres, o más conocida como la Plaza Colón, encontramos el nuevo Big Ben reinado por palomas y ratones. En el restaurant más gourmet de París, también llamado Mercado, hay obras culinarias entre moscas y perros gordos. En el parque más famoso de Asia, conocido como Parque Japonés, hay más historia que en *Cien años de soledad*, y nuestro propio Gabriel García Márquez, Rivera Letelier, aun nos enseña que es mejor callar si lo que vas a decir no es más bello que el silencio. Antofagasta es una vuelta al mundo en media hora (si te vas en la 102).

AMANDA GONZÁLEZ GALLARDO, 19 años, Antofagasta.

La quebrada de la vida

Mención Honrosa

Un vergel oculto en lo secreto de la quebrada, vida, fauna, flora admirable, extiende un tentáculo para llegar al mar. Busco su origen, siguiendo la neblina de la mañana, llegó a Cerro Moreno como origen del rocío que genera la vida en la quebrada.

SERGIO FERNÁNDEZ SALAS, 74 años, Antofagasta.

Guía sobre Antofa

Aquí es fácil ubicarse, porque por un lado hay secos cerros y por el otro un mar sereno que, en algún momento después de la despedida del sol, parece reunirse con las bellas luces del cielo.

JAMYLETT URREA DÍAZ, 16 años, Antofagasta.

Cómo bajan las estrellas

Si ves una luz brillante, no te asustes, solo son las estrellas bajando al mundo para ver cómo están las personas. Normalmente bajan de noche. Las estrellas se van a cualquier lugar, solo que nosotros no nos damos cuenta. Las estrellas se convierten en luciérnagas, eso significa que las estrellas están en todo el mundo, por ejemplo en San Pedro de Atacama, Calama, Antofagasta, etc. Así que ya sabes, si ves a las luciérnagas son las estrellas saludando.

FLORENCIA VERA ROJAS, 10 años, San Pedro de Atacama.

Apus y achachilas

Subo el Sairecabur con mi morral lleno de ofrendas para llamar a la puri Agua, sembrando cochas desde el salar de Thunupa hasta la cumbre de la mama Kimal, sembrando el Laskar y el Maricunga, que siempre haya lluvia en cada invierno altiplánico, en cada laguna, en cada salar y que los apus y achachilas nos protejan, de aquí hasta el final de los tiempos, cuando Pachacuti sea ahora.

LULÚ URBANO BARRIENTOS, 45 años, San Pedro de Atacama.

Volantines en el desierto

El viento de la pampa siempre ha sido fuerte en Mejillones en septiembre. Era hermoso para las Fiestas Patrias alzar la vista al cielo y ver una gran cantidad de volantines colorearlo. Con mi padre cuando niña también íbamos a jugar a los volantines. Me decía que sostuviera el carrete de hilo con fuerza mientras él sostenía el volantín para alzarlo con el viento. Pero, cuando lo soltaba, yo también soltaba el carrete que serpenteando por el suelo se escapaba raudamente que ni mi padre podía agarrarlo. Tantos recuerdos, cuánta nostalgia. Cómo se le extraña.

YASNA BERRIOS OPAZO, 55 años, Mejillones.

Guardianes

Primer Lugar

Por unos cuantos dólares no se fueron a la chatarrería, hubiesen sido muchos kilos de chatarra, pero hoy esas viejas grúas portuarias se yerguen majestuosas a lo largo de nuestra ciudad. Cada ciertos kilómetros, a orillas del mar, le dan batalla al fuerte rocío salado que las bañan y entre las sombras de la noche despuntan como gigantes guardianes de la ciudad dormida.

MARÍA EUGENIA PARRA CASTRO, 56 años, Antofagasta.

Terapia 107

Salió a la calle con algunas monedas en el bolsillo. Con los ojos mojados se subió a la micro 107. En el trayecto vio un ir y venir de personas, cada una miraba diferente. Sonrió al recordar a su abuela pasando por la Feria de las Pulgas, recordó su adolescencia alegre en calle Colón, apareció la nostalgia al pasar por el cementerio. Bajando por calle Uribe recordó las roscas de su Aurorita y las caminatas por el Mercado con su padre. Finalmente, terminó su recorrido en la Universidad de Antofagasta. Caminó a la playa y el viento le dio paz.

CLAUDIA ALFARO TELLO, 39 años, Antofagasta.

La 109

Un día simplemente dejé de verte, ya no pasabas por nuestro lugar de siempre, ya no me acompañabas a mi casa después de la universidad, simplemente desapareciste. Ya no sé si hablo de ti o de mi micro favorita, la 109.

DANITSA BARRERA ALISTE, 20 años, Antofagasta.

Voy en micro

Eran las 8 de la mañana y yo me dormí por mañana. Cuando desperté, no tardé en darme cuenta que la 104 ya estaba por la rotonda. El colegio podrá esperar a que la 104 haga otra ronda.

VÍCTOR BUSTAMANTE VERA, 15 años, Antofagasta.

Una ciudad menos

Estoy yendo a Mejillones, veo tanta poca distancia con Antofagasta, que cualquier día estas ciudades se unirán formando una nueva Antofagasta de tantas tomas, edificios y tiendas.

DAMARIS CASANOVA VILCHES, 14 años, San Pedro de Atacama.

Costa invisible

En mis momentos de descanso miro hacia al mar, mientras puedo. Me parece que Juan López es como una boa comiéndose a un elefante. Hace unos meses una constructora comenzó a plantar frente a mi edificio otro más grande, como un baobab que crece y crece cada vez más, con el propósito de cubrir todos los paisajes.

PAULA VALVERDE CASTILLO, 38 años, Antofagasta.

Polvo salitrero

El viento en la pampa se anunciaba silbando, y un polvo danzante y melodioso cubría todo a su alrededor. Si no se cerraban las ventanas ¡pobres muebles!, y se armaban los remolinos cubriendo de un polvo blanco y espeso todo lo que pillaba, árboles, casas, en la calle ¡los postes de la luz! Cada cierto tiempo se escuchaba y aparecía doblando la esquina de la plaza un tremendo camión con una gran manguera y un potente chorro de agua..., árboles, calle y postes de la luz gozaban una refrescante y agradable ducha. ¡Qué gran espectáculo disfrutábamos con mis hermanos!

MARCIA GIJÓN MONTENEGRO, 72 años, Antofagasta.

¡Wow, Antofagasta!

Antofagasta es un sueño, pero más que eso es un misterio. En verano, sol, en otoño, sol, en invierno, sol, en primavera... ¡Sol! El señor sol nos ama y no se va. Antofagasta tiene el corazón seco, ¡es un desierto!

RENATA TORRES ROMERO, 10 años, Antofagasta.

La gran avenida

Nunca quiso dejar su tierra natal, el valle encerrado en la cordillera de Los Andes. Rita emprendería el más largo de sus viajes, tomo una maleta, surcando el temerario Altiplano, territorios de la nación Urus. Por fin, ante sus ojos incrédulos se presentaba el gran desierto de Atacama, recorriendo por el Tamarugal, Punto, Loa, María Elena, Baquedano. Hoy, desde la avenida que lleva el nombre del gran poeta Andrés Sabella, antiguamente llamada Av Miramar, se puede divisar la ciudad de Antofagasta que crece hacia los cerros y las laderas. Allí, Rita cada día se conmueve ante lo incommensurable del mar.

JANINA CAMACHO CAMARGO, 44 años, Antofagasta.

Esta soy yo

Premio al Talento Mayor

Mi madre me puso Elizabeth. Mis hermanas me llamaban Eli. Mis hijas y nietos me llaman Yayi. En mi trabajo, la Señora de las Plantas y los que no me conocen preguntan por la Vieja de las Plantas. O sea, yo tengo cinco nombres, y me encantan en realidad. Somos cinco personas, todas vivimos juntas e incluso dormimos juntas, pero yo, que soy la mayor, soy la que manda en casa, yo cocino para todas, lavo, plancho, hago todo sola, ninguna coopera. Hasta que las junté a todas y les dije «ya me tienen aburrida, no me ayudan en nada», y todas bien calladitas, pero nos queremos mucho y ya llevamos 75 años juntas y solo la muerte nos separará.

ELIZABETH ZÚÑIGA MORA, 75 años, Antofagasta.

Atardeceres de bolsillo

El sol descansa como moneda de 500 pesos en mi chauchera. Pero con eso no pago la micro. Hoy se regresa caminando y en tonos anaranjados.

ALONDRA BARRAZA CRESPO, 33 años, Antofagasta.

Cuna de oro

Nací entre papas y cebollas, debajo de un tablero de madera. Mi cuna era una caja de plátanos cubierta con un chal de lana que tejió mi viejita. ¿Mi mamadera?, era una botella de Coca-Cola con un tete de goma. Cada cierto rato escuchaba a mi viejita que gritaba entre los feriantes de Las Pulgas: «¡Lleve la papa!, ¡lleve la papa, casera!».

MAURICIO CAAMAÑO BARRIOS, 48 años, Antofagasta.

Yo del futuro

Alguien me dijo que tenía que tratar bien a mi yo del futuro. Ahora, cada vez que salgo al carrete, dejo todo ordenado, mi cama hecha, pieza perfumada, y dejo algo cocinado para mi regreso.

ANAIS VILLALOBOS FERNÁNDEZ, 25 años, Antofagasta.

Un pequeño susto

Siempre paso por fuera del Huanchaca y cruzo la calle como si fuera inmortal, pero no esperé que mi mamá fuera esta vez la que me topé en el auto.

ANITA VERA CABRERA, 13 años, Antofagasta.

Tattoo

Estuve chapoteando desde que llegamos al balneario hasta que las yemas de los dedos se me arrugaron y mi abuelo me llamó para irnos. Hizo una gran ala con la toalla y me cobijé en ella, tiritando con los ojos cerrados en ese abrazo infinito que quedó tatuado en mi alma, donde llevo a mi abuelo dibujado hasta que yo mismo no pueda nadar más.

JUAN CASTILLO YUPANQUI, 57 años, Antofagasta.

Migajas de pan

Plaza Colón, palomas y pan, esa es mi infancia resumida. Con mi abuelo íbamos todas las tardes, nos sentábamos en las bancas y partíamos el pan en migajas, lo metíamos a una bolsa y conversábamos mientras las palomas comían. Eso es lo que le respondí a mi prima pequeña cuando me preguntó por qué veníamos todas las tardes a partir pan y a alimentar palomas.

ANTONELLA CASTILLO GONZÁLEZ, 15 años, Antofagasta.

Dice el mito

Mención Honrosa

Dice el mito que antes se podía bajar caminando a la playa de La Portada, y que las olas te llevaban mar adentro. Algunos se aprovechan de ese mito, y dicen haber llegado nadando a la misma Portada. Mi abuelo me contaba que una vez la escaló. Pero él también me contaba que era jinete y que había hasta un hipódromo dentro de la ciudad. Creo que su imaginación lo llevaba muy lejos.

MARÍA ÁNGELES RIQUELME GARCÍA, 37 años, Antofagasta.

Puifai

Estacionaron en la caleta. Tomados de las manos, ella (proveniente de un pequeño pueblo de Tailandia) y su esposo (nacido en Antofagasta), se habían conocido en Facebook y desde aquel momento el amor nació, caminaron por la avenida Séptimo de Línea hasta llegar al Muelle Histórico quedando asombrada por lo que veía. Esa tarde fue la primera vez que vio a los lobos marinos.

JUAN ARAYA ULLOA, 23 años, Antofagasta.

Mafia marina

Cada noche, pasadas las 20 horas, quince de los mayores criminales se juntaban bajo el muelle de Mejillones. Liderados por Carlohbo Marino, se llenan los hocicos con el trabajo de pescadores esforzados para luego, haciendo uso de sus graves rugidos, espantar a los nadadores nocturnos.

CRISTÓBAL AHUMADA MONTECINOS, 14 años, Antofagasta.

Chucuchucuchú

Voy de aquí para allá entre desierto y desierto y no paro de sonar. Despierto en la madrugada, me muevo y me muevo, y no paro de sonar. Soy un patrimonio andante, la gente me mira y me mira, y no paro de sonar. Llevo el cobre de aquí para allá. ¡Chucuchucuchú arraaaaanca!

JAVIERA BASCUÑÁN GUTIÉRREZ, 34 años, Antofagasta.

La mujer de bronce

Todos los días me siento a conversar con ella, siento que es la única que me entiende. La gente pasa y me queda mirando como si fuese un loco. Pero no me importa, mi única inquietud es saber si terminó su libro.

BRAYAN ROJAS ROJO, 19 años, Antofagasta.

La Portada

Un casi centenario antofagastino me contó que nuestra famosa Portada simplemente es el ojo de una aguja enorme que está clavada, como la famosa Excalibur, en el manto de roca ígnea basal que soporta nuestra ciudad. Es enhebrada cada día por un hilo invisible de viento y por una u otra gaviota que se aventura a pasar por este enorme agujero.

JORGE RUZ LAFERTE, 80 años, Antofagasta.

La roca insulsa

Hace mucho tiempo La Portada no tenía ese particular agujero... antes solamente era una simple roca y nadie le daba atención, pero a una manada de delfines sí. Se decían entre ellos: «Sería genial que esa roca tuviera un agujero en el medio, ya que ahí podríamos hacer gimnasia y acrobacias». Un día, ya cansados, llamaron a su amiga ballena, que tenía mucha fuerza, y entre todos lograron hacer un agujero y así pudieron disfrutar de hacer acrobacias y muchas más cosas, pero las autoridades los echaban. Ahora esa roca insulsa es La Portada y los delfines están esperando para poder vengarse a sangre fría.

MARÍA PAZ NÚÑEZ CONTRERAS, 11 años, Antofagasta.

Las risas de las gaviotas

Soy un gaviotín chico y nací en La Portada. Mis amigas las gaviotas se ríen de mí por mi tamaño. A veces me pregunto si voy a crecer o me quedaré chico, y esa pregunta termina cuando escucho sus risas fastidiosas, se ríen como si no hubiera un mañana. Pero todo termina cuando me invitan a volar al cálido viento y veo la sonrisa de la gente en el mirador.

AURORA FERNÁNDEZ SEPÚLVEDA, 12 años, Antofagasta.

En una escuelita de Coyo

Premio al Talento Infantil

En una escuelita de Coyo, en la noche, se dice que los niños se convierten en lagartijas, y cuando aparece el amanecer ellos se convierten en niños.

HELEN RAMOS BERNAL, 12 años, San Pedro de Atacama.

Mi tata Raúl

Cuenta mi mamá que cuando mi tata Raúl dirigía el teatro Gamelin Guerra, todas las noches se quedaba solo allí para apagar las luces de dentro hacia afuera. Cuando terminaba de apagar las luces del escenario junto a las del techo, él decía que en los asientos del segundo piso se visualizaba a un joven. «Tal vez un alma penando», decía Raúl, de hecho, hasta lo saludaba. Hoy en día entro al amado teatro y siempre llego a ver a un señor en esos asientos. Es él, mi tata Raúl que aún cuida su amado teatro.

ISIDORA MUÑOZ MAVRAKIS, 15 años, Antofagasta.

De cobre

El cielo se teñía de rojizos y amarillos, el frío crecía desde la alta cordillera señalando el señorío del desierto. Aterido, inmovilizado; solo su imaginación le zafaba del derrumbe que le aprisionaba. Tranquilizó su espíritu invocando a los dioses habitantes del Licancabur, preparando el viaje hacia sus ancestros. Desde aquel vernáculo lugar, sabiendo que su tarea concluía; que en los hornos de Kamac Mayu quedaba su cobre; que otros hermanos abrirían las venas del desierto para construir, más allá de los piques y faldeos, las comunidades futuras. Miró el sudeste, hacia el llano donde esperaba el tambo tranquilo y expiró.

PATRICIO LILLO PLAZA, 61 años, Calama.

El gigante escondido

Hace muchos años había un gigante en medio del desierto, abandonado y solo, sin nadie que juegue con él. Los días pasan y pasan y el viento sopla y sopla, la arena sube y sube y el gigante queda bajo la arena. Pobre gigante hundido bajo la arena. Lo último que pudo levantar fue su mano, la que quedó arriba y luego de unos meses unos turistas la encontraron y la nombraron «La Mano del Desierto».

FLORENCIA VILLAFANE CATALIN, 12 años, Antofagasta.

La Botitas Negras

La Botitas Negras le ayudó a encontrar un trabajo en la minera, cuando ya no había esperanzas y sin saber qué hacer, en una ciudad de clima inhóspito, donde parece que se congela el corazón por el frío y el viento se lleva las esperanzas. Un amigo, de esos que nunca faltan, le dijo que le pidiera a la Botitas Negras, que ella le ayudaría. No había nada que perder y sí mucho que ganar. Y ahí estaba, prendiendo las velas y adornando con flores su morada terrenal en Calama. Escuchó su historia. Lloró de pena y de agradecimientos.

LUZ ELIZABETH JORQUERA LÓPEZ, 71 años, Calama.

La Santa Fumona...

Recorriendo los secos parajes del desierto de Antofagasta es que llegué a las ruinas de Caracoles, lugar de cuentos y mitos urbanos, entre estos el de La Santa Fumona, una gruta milagrosa... dicen. Caracoles era mi destino, al cual llegué no sin antes encontrarme con infinitos caminos que dibujan intrincadas figuras en las planicies del extenso desierto y que no conducen a nada... me extravié, sí, no encontrando ningún alma que me ayudara a dar con el camino de regreso, excepto La Santa Fumona. Evoqué su recuerdo, no creo en milagros, pero fue su gruta la que me llevó al camino. Dicen que hace milagros... dicen.

JAIME ENRIQUE LEPE ROJO, 66 años, Antofagasta.

Caminantes

Como fantasmas o seres de otros planetas caminan los mineros entre la camanchaca en plena pampa calichera.

NELSON AVENDAÑO VELIZ, 66 años, María Elena.

La chispa

Con mi papá no teníamos una buena relación, entonces él organizó un viaje conmigo hacia la Mano del Desierto. En el transcurso me contaba historias a las que no les tomaba importancia, miraba las estrellas a través de la ventana. Al llegar vi lo grande que era la mano, me acerqué y pegué la mía, cuando lo hice sentí una chispa, recordé mi infancia, cuando tenía una linda relación con mi papá. La mano era una representación de mi papá.

ÁMBAR MEDINA ÁLVAREZ, 15 años, Antofagasta.

Colores de otoño

Otoño y no hay hojas en el piso, en las calles no hay árboles anaranjados ni hace tanto frío. Es otoño y un sol radiante se despide y me llena el cielo de los colores que anhelaba. No habrá follaje multicolor, pero sí atardeceres de máximo esplendor.

CAROLINA BASTÍAS PÉREZ, 40 años, Antofagasta.

El día que llovió en Antofagasta

Las noticias decían que tendríamos precipitaciones, así que nos emocionamos y salimos a explorar. Cuando llegamos al Trópico estaba goteando, como buenas nortinas saltábamos de alegría, enchaquetadas y con gorros, seguimos el tour camino a La Portada, ahí, entre gotitas y fotos, nos llenamos de óxido. Esas manchas quedarán en las chaquetas y ese recuerdo en nuestras memorias.

DADNIN BALBONTÍN CAMPILLAY, 35 años, Antofagasta.

Pampa de mi corazón

Mirando por la ventana con el corazón apretado y lágrimas en los ojos, mi viaje comenzó en los años 40 en un lugar desolado llamado Pampa Unión, una oficina salitrera en Chile. Se trabajaba con dinamita para extraer el caliche, un mineral preciado de la época. Los trabajos eran arduos y la paga era en fichas que solo podían canjearse en las pulperías. Con el corazón lleno de ilusiones, en un enganche llegamos a lo que hoy es Antofagasta. Aún no estaba poblado; solo había tierra y cielo y un profundo mar que nos invita a comenzar una aventura.

FRANCIA LEMUS CABRERA, 14 años, Antofagasta.

ECOS EN SU MEMORIA

Premio al Talento Breve

Un día volvió y se llevó un paquete de alfajores de Pica, una bolsa de chumbeques y un cuarto de aceitunas de Azapa.

EDUARDO CORTÉS PEÑA, 52 años, Antofagasta.

El Fogón de Coloso

Recuerdo cuando íbamos mi hermano y yo al Fogón de Coloso. Antes de que se hiciera muy conocido. Las sillas eran de madera, pero las mesas de plástico, se podía ver el mar ahí, se sigue viendo, pero no es el mismo. Habían pocas casas en la caleta y nos íbamos en auto o en la micro 121, era entretenido porque pasábamos viendo el mar, la costanera, Trocadero, el muelle, el balneario, la Iglesia Jardines del Sur y luego llegábamos. Estábamos toda la tarde ahí, nos terminábamos las empanadas de mariscos y nos dormíamos con papá en el camino.

PIETRO ROVIRA GUTIÉRREZ, 23 años, Antofagasta.

El sueño con las estrellas

En el desértico norte de Chile, un niño llamado Mateo soñaba con las estrellas. Cada noche subía al techo de su modesta casa y observaba el cielo, fascinado por la inmensidad del universo. Un día, durante una feria de ciencias en la escuela, Mateo descubrió un antiguo telescopio olvidado en un rincón polvoriento. Con determinación, lo restauró con la ayuda de su abuelo, un viejo astrónomo aficionado. Desde entonces Mateo guió a su comunidad en la exploración del cosmos, convirtiendo a su pequeño pueblo en un centro de observación astronómica, inspirando a generaciones futuras a alcanzar las estrellas desde la tierra de los volcanes y el salar.

AARON RAMÍREZ ALVEAR, 13 años, Antofagasta.

El pescador del desierto

En el desierto de Antofagasta vivía Joaquín, un viejo pescador. Cada día salía al mar en su pequeño bote buscando los mejores peces. Un día, al lanzar su red, atrapó a una criatura luminosa y dorada. Era un pez mágico que le ofreció concederle un deseo a cambio de su libertad. Joaquín sorprendido pidió que su pueblo nunca careciera de agua. El pez asintió y desapareció en un destello. Desde ese día un manantial cristalino surge en el corazón del desierto, trayendo vida y prosperidad a la gente de Antofagasta, transformando su aridez en un oasis.

CHRISTIANNE ALBORNOZ BARRA, 16 años, Antofagasta.

El piloto de Lord Cochrane

En los años setenta, un helicóptero perdió el control y se estrelló en una esquina de Lord Cochrane. El alma de aquel piloto se negó a su descanso eterno y se mantuvo en el sector que vio su fin, atormentando a los ciudadanos del sector hasta que se construyó un monumento a su imagen. Desde esa muestra de honor de la ciudad, el piloto comenzó a defender el sector de los malos espíritus.

FRANCISCO JAVIER ROJAS JORQUERA, 16 años, Antofagasta.

Profe de historia pasando lista

—¿Juan López? —¡Presente! —Y pasado también,
¿no cree?

FERNANDO GARETTO RISSO, 45 años, Antofagasta.

Parinas

Llevaba muchos años sin llover. Juana salió a hablar con las montañas al atardecer, recordando las historias de su abuela. Corrió hacia el salar, al ingresar se sentó en silencio, ofrendó hojas de coca y habló con las parinas. Estas le susurraron un ritual y le dieron sus plumas. Juana se dirigió a la montaña sagrada, realizando una ceremonia con semillas, hojas de coca, flores, aloha, cantos al agua y las plumas de las parinas. Cerró los ojos y empezó a llover.

CARLOS NEGRETE ORTIZ, 35 años, San Pedro de Atacama.

El renacer del norte

Y de la noche a la mañana el clima cambió, llovió como nunca en 300 años. Pánico en cada rincón de la región, campamentos deslizándose cerros abajo, mineros aislados, cortes de caminos, poblados totalmente desaparecidos. Se crearon ríos en lugares inimaginados, y esos mismos ríos en un instante se desbordaron, todo pasó. No fue una lluvia de una noche, fue un invierno del sur en el desierto del norte. Han pasado meses desde aquella desgracia, y ante tus ojos la prueba del horror transformado en el desierto de flores más grande que el país haya registrado.

SEBASTIÁN AZOLAS CEPEDA, 35 años, Antofagasta.

Los niños del barrio

El Jou y la Domi son como hermanos. La Domi siempre me acompaña a comprar y el Jou siempre espera tranquilo su cena. La Domi parece Shakira cada vez que me ve y el Jou hace una voltereta. Yo los abrazo y les hablo, ellos me lamen y me ladran. Son como unos niños.

ANTONIA VILLALONCO VILLALONCO, 13 años, Antofagasta.

Greyci Lu

En Prat, entre Matta y Condell, estabas asustada buscando quién te pudiera rescatar. Querías un hogar donde te cuidaran, y solo eso te podía ofrecer amor y cariño. Con mucho miedo aceptaste ser mi compañera, encontraste tu lugar en un rincón de mi cama, me esperabas para enrollarte entre las sábanas y quitarme la mitad de la cama. Tenías un reloj en el estómago para las horas de la comida, y le enseñaste a los más chicos a pedir con solo una mirada. Extraño el sonido de tus uñas en el piso, cuando te paseabas buscándome por la casa.

NICOLE JARA OVALLE, 31 años, Antofagasta.

¿Qué sentiré?

Cada vez queda menos, tenemos los días contados yo y mis amigas. ¿Qué sentiré cuando una de las personas que más quiero se vaya de la ciudad? ¿Qué sentiré cuando ya no sean los mismos veranos sin su carisma y risa contagiosa? No la conozco de toda la vida, pero me ha regalado momentos inolvidables en dos años, como si la conociera de toda la vida, pero no me dejaré de preguntar ¿qué sentiré?

ISIDORA LÓPEZ ROJAS, 13 años, Antofagasta.

Noches callejeras

Durante la noche, cuando el centro de Antofagasta cierra, los animales callejeros entran, van a jugar en el mall, comen en las cafeterías, duermen en los hoteles y hasta ven películas en el cine, van a nadar en la playa, tienen una vida genial, pero cuando se hace de día, los animales vuelven a las calles, esperando la noche, para volver a divertirse.

AGUSTÍN ILLANES IRIARTE, 11 años, Antofagasta.

Aún estamos vivos

Llegaron por caminos diversos, ajustándose entre dos grandes macizos que se miraban con complicidad, presentando en sus céfalos rocosos espumas blancas que se amoldaban sobre sus faldas arenosas. Pavimentaron con sus pies caminos de playas llenos de coraje sobre costas pedregosas que se refrescan por los velos blancos de la plenipotenciaria señora mar. Sí, ellos fueron, los mismos que piden ser nombrados con desencanto en la historia oficial. Sí, ellos fueron, los changos, los que registraron la experiencia de sobrevivir en esta bahía, donde se mezclan los frescos del marrón y el azul brillante de nuestro norte.

CARLOS MENA HERNÁNDEZ, 48 años, Antofagasta.

Antofagasta - Calama

Avenida Rendic, Paraguay y Ruta 5. Tarde soleada, basura al borde del camino, bus con todos los asientos vendidos. Nudo Uribe, aire acondicionado golpea mi semi calva cabeza. Baquedano, desierto seco, Pampa Unión en ruinas, Sierra Gorda, zona minera, hombres esperando ser transportados. Teléfono sin señal, sol poniente; falta poco. Llegamos, calle Balmaceda, chicas de locales nocturnos invitan a pasar. Hace frío. Los perros frazadas cobijan a su dueño que duerme en el suelo. Ya en casa, viernes por la noche. Así todas las semanas.

RENÉ GONZÁLEZ GALLO, 59 años, Antofagasta.

Despertar

Hay tormenta de tuberías, ruido de motores, perros ladrando, desconocidos que ríen de madrugada. Bajando de la montaña el tren de las cinco cruza el desierto, entra en la ciudad y la alborota.

IVÁN DE DIOS PINILLA-ROCA, 59 años, Antofagasta.

Feliz cumpleaños

Sentados en una mesa roja de tanta corrosión y cera derretida, llenos de coloridos banderines, tarros de salitre y placas de agradecimiento. Iluminados con un manto de esperanzadas velas blancas y al compás del ensayo de una lejana batucada, celebran en la esquina de calle Valdivia las ánimas de La Perla del Norte los cien años de Evaristo. Al son de una cumbia y un cumbión se levantan los transparentes invitados para formar un alegre trencito que los lleve hasta la abandonada cabina de la máquina 183.

HEIDY OLIVARES IBACETA, 53 años, Antofagasta.

La citación de apoderado

Siempre le decía a Laurita que se portara bien, pero ella nunca me hacía caso. Cada vez que se portaba mal la profesora hablaba con su mamá, y al día siguiente siempre faltaba. «Profe, ¿por qué faltó Laura?». A veces tenía médico, a veces se enfermaba su hermanito o se le descomponía el auto a su papá. Cuando llegaba luego de faltar yo corría a abrazarla, llegaba adolorida y bien arropada. Nunca se enteró la profe cuánto la golpeaban cuando ella le citaba apoderado y yo nunca lo dije, solo le pedía a Laurita que se portara bien.

FABIOLA JIMÉNEZ TIRADO, 35 años, Calama.

El quitasol de La Rinconada

Y de repente el viento hizo lo suyo y desde las profundidades de la arena el quitasol voló. Su dueña corrió cual gacela a buscar ese instrumento infaltable del verano. En su odisea no pudo tener más mala suerte y se resbaló con el moribundo ejemplar de una medusa que hace solo minutos había sacado un jovencito. La risa contenida se notaba en la cara de los presentes. «La risa abunda en la boca de los tontos», decía mi madre, y yo, al ver toda esa escena, no pude resistir la exquisita risa que salía de mis entrañas.

TAMARA MIRANDA VARELA, 35 años, Mejillones.

El sapolio dos

Era de voz ronca y gritaba: «¡sapolio, quiere sapolio!». Mi mamá me decía, una vez por semana, si oyes al viejo del sapolio, avísame, porque me queda poco. Generalmente venía los sábados, se paraba frente a la carnicería del Varela, pues ese día era del lavado y aseo general; sartenes, ollas y el servicio, que eran de alpaca, quedaban relucientes y en la noche mi mamá enceraba para que el día domingo viniera mi abuelita Aida a almorzar. La casa brillaba. Después, en la tarde, recogíamos algo-dones del árbol, les sacábamos las pepitas para que mi mamá hiciera cojines.

MARIANELA HARFAGAR SEPÚLVEDA, 39 años, Antofagasta.

Noche de suerte en el casino

Empezó en la ruleta, acarició la pata de conejo y puso las fichas en el 8: acertó. Después jugó blackjack, agarró su herradura antes de cada apuesta: salió invicto dándole una propina al crupier. Se fue a los tragamonedas, tocó las pantallas para detener las máquinas justo cuando se alineaban los jackpots. Los jugadores lo aplaudían, invitó tragos al que se le cruzara por delante. Se retiró cuando cerraron. Llevó el dinero en un bolso, al entrar a su departamento no tuvo dónde dejarlo ni con quién compartirlo. Quiso tener otro amuleto para recuperar lo perdido.

ALEJANDRO GAROTTI GASEP, 45 años, Antofagasta.

El gran 7x7

Todos los años pienso lo mismo, ¿estará para mi cumpleaños, Navidad o alguna fecha importante? Esto es lo que no todos saben de los familiares mineros: no siempre están; cuando estamos enfermos igual necesitamos de ellos, simplemente un abrazo de papá.

FERNANDA ROJAS NOGALES, 16 años, Antofagasta.

Adiós en los patos

Yo le avisé que me iba de Antofagasta. Él me invitó a almorzar. Mi mamá llamó a su mamá y coordinaron todo. Llegué a su casa y fuimos caminando con sus papás a un restaurant peruano. Yo pedí un lomo saltado y él un ají de gallina. Caminamos hasta el parque en Avenida Brasil y jugamos toda la tarde en los juegos. Nos despedimos en los patos y no lo he vuelto a ver.

MILA YURAC WALTEMATH, 12 años, Antofagasta.

La casona celeste

«En las tibias noches de verano», contaba mi abuela, «yo solía escaparme de mi casa con mis hermanas a espiar una antigua casona de color celeste. Nos encantaba ver cómo varias mujeres que allí vivían cantaban al son de un piano canciones de Raffaella Carrà con una alegría que nosotras nunca veíamos en nuestra casa. Muchas veces estas mujeres estaban acompañadas por hombres y estos les coqueteaban. Nosotras mirábamos maravilladas el júbilo que se vivía en esa casona». «¿Era una discoteque, abuela?», le pregunté una vez. «No, mijita», me contestó entre risas, «era el prostíbulo de Tocopilla».

MATILDE LOBOS SEGUEL, 18 años, San Pedro de Atacama.

El viaje de Antonia

Antonia se solía sentar en el paradero que ponía fin a la Villa Florida de Antofagasta, desde allí podía contemplar que el día recién comenzaba, y que sus clases de yoga junto a sus compañeras de la tercera edad no eran más que la excusa perfecta para sentirse viva y plena. Ya es hora de seguir, le dijo su conciencia, mientras su figura se alejaba lentamente.

HUGO HUACA HUACA, 45 años, Antofagasta.

Caminatas de sueños

Corría el año 1969 y estudiábamos en la pequeña Universidad de Chile de esos años. Partíamos llenos de ilusiones y de proyectos por una mejor educación desde Coloso hasta el centro de la ciudad gritando y cantando consignas, sin importarnos que a la llegada al diario *El Mercurio* nos esperaba el guanaco para mojarnos, pero nada importaba, solo luchar por nuestros sueños, sin importar lo mojados y cansados que estábamos. Hoy mis nietos celebran mi valentía y perseverancia, y que también quiero que ellos demuestren que todo es posible.

MARÍA ROSA GUTIÉRREZ ARENAS, 73 años, Antofagasta.

El regreso

En ciertas noches de invierno se escuchan ruidos extraños en la oficina salitrera de Chacabuco. Son los fantasmas de antiguos trabajadores que regresan a encender las calderas y mover pesadas locomotoras. Las calles se llenan de vecinos que tienen muchas cosas que contarse y hasta el teatro se engala con música festiva. Pero justo antes del amanecer, los fantasmas huyen al escuchar los horribles gritos de los prisioneros del golpe militar. Con la luz del sol desaparecen todos, y los gritos de los torturados se confunden con el viento que silba en las paredes.

DANILO GONZÁLEZ DÍAZ, 38 años, Antofagasta.

La muerte del oro blanco

Son tiempos de crisis, las oficinas salitreras del Cantón Bolivia de la Provincia de Antofagasta han parado sus chimeneas dejando a cientos de obreros salitreros en las sombras oscuras de la cesantía y al borde del abismo de la miseria. El mundo incierto del desempleo los espera y el desierto hostil les abre sus anchas puertas. Atrás quedarán las maestranzas inactivas, las bateas sedientas, el campamento vacío suspirando su agonía, para convertirse en ruinas y escombros. Solo la soledad, el viento y el silencio acompañarán al espejismo que nace en el desierto.

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 77 años, Antofagasta.

El tren

Llega cansado el maquinista tocando la bocina con triste lamento, es el tren cobrero con veinte carros que al pasar por el caliche mueve todos los edificios a su paso, no sé si viene de La Escondida o de Chuquicamata, solo sé que es el sueldo de Chile el que está pasando por la provincia de Antofagasta. Igual que antaño el tren a carbón, una cortina de humo que se perdía en los cerros, traía el caliche, le llamaban oro blanco, lo traían al puerto y en los barcos lo exportaban al extranjero.

CARLOS GARCÍA VEGA, 18 años, Antofagasta.

Calicheros de vacaciones

De lunes a viernes, a lo largo del borde costero, a las altas horas de la noche, cuando los ruidos de los autos se extinguen, se puede escuchar las bellas olas del mar en toda su grandeza. Bonito, ¿no es así? Lo mismo opinan los calicheros que aparecen con la camanchaca.

KARINA CÁCERES BUSTOS, 25 años, Antofagasta.

Aesthetic

La primera vez que vimos una micro nueva con mi hija, quisimos subirnos y ver qué tal. Era bonita, reluciente, con aire acondicionado, cargadores de celular y tienen wifi. «La micro aesthetic», la bautizó mi hija.

SANDRA FUENTES MANCILLA, 35 años, Antofagasta.

Mar, ven aquí

Una vez fui a la playa (Paraíso), ese día me sentía muy mal como para jugar, así que me senté en la orilla del mar y le conté lo que me pasaba y parecía escucharme. Le pedí que se acercara, me escuchó y las olas del mar calmaron mi llanto.

TRINIDAD CARO DÍAZ, 12 años, Antofagasta.

Abandono

La vecina Guille salía todas las mañanas al patio a dar de comer a sus ponedoras. Mi hermana la veía, afanosa, desde la ventana del segundo piso. Una aciaga mañana no salió, tampoco el día siguiente. Ella y otras vecinas al encontrarse con la puerta apenas cerrada entraron a verla, la anciana se había caído, su cadera no resistió el golpe. Como pudo se había arrastrado hasta su cama, allí la encontraron, sumida en un dolor profundo. Falleció días después en el hospital, las compasivas mujeres le dieron santa sepultura.

GUSTAVO FLORES VALDERRAMA, 71 años, Antofagasta.

Unidos en el frío

El bus nos dejó a mí y a mi familia en «Las Negras». El frío penetraba mis huesos y los de mi hermano. Tenía solo 11 años, mi hermano y yo nos miramos y solo nos abrazamos. El calor y el abrazo cálido y confortable me calentó. Pensar que ese fue mi primer día en Antofagasta, toda la noche, pero al menos unidos en el frío.

MERCY PERICUELLO GARCÍA, 14 años, Antofagasta.

Error Capital

«¡Cúmplase!», tituló el *Diario de Antofagasta* el 17 de octubre de 1943, cuando el juez del Primer Juzgado del Crimen firmaba la última foja, certificando que los recursos procesales estaban agotados; los plazos cumplidos y ninguna tinterillada demoraría la cita del reo con el paredón. La deflagración sobrevino al amanecer. Todo el vecindario circundante a la cárcel escuchó el silencio que sucede a la detonación. Sangre por sangre. No habría más víctimas, hasta que apareció un cuerpo; después otro. Caos. El asesino muerto siguió matando, mientras el culpable, desde su tumba, continuó gritando su inocencia.

RODRIGO BARRAZA PEÑALOZA, 47 años, Antofagasta.

Es de noche ya

Todos los días después de las 8:00 me acuesto en el césped y pienso en mi madre y veo la forma como era ella entre las estrellas. A veces pienso, «¿en serio el cielo la necesitaba más que yo?». Espero que ella ahora esté cuidando niños que se porten bien...

JULIÁN FÁBREGA VILCHES, 11 años, Antofagasta.

La materia etérea

Una dormida inusual, cada rincón gritaba un soneto elocuente, palabras que se vestían de telas en ocho patas y parecía que el techo hablaba. Mi abuelo, que murió hace un tiempo, vivió años en el vertedero de La Chimba; más que barro y escombros, fue un amante del lugar y encontró su hogar junto a una recia comunidad, el techo de su habitación siempre lleno de arañas y telarañas. Cuando murió en su nicho, al día siguiente yacían sus leales amigas y entendí que somos más que materia tangible, somos seres secretamente etéreos. Él entonces está descansando bajo un cielo tejido.

KATALINA HERRERA BUSTOS, 28 años, Antofagasta.

Mi tata

Mi viejito trabajó desde niño gritando los pescados junto a su padre, ahí por la población Chango López. Nunca fue al colegio. Mi madre le enseñó a leer y a escribir, y todo lo demás lo aprendió en las calles... Era un hombre generoso, corriente, un hombre bueno. Pasé gran parte de mi infancia en la playa el Llacolén junto con mis hermanos. Nos enseñaba a pescar, nos mostraba las estrellas en las noches oscuras en la playa. La ondulación de las olas cuando llegaban a la orilla y se iluminaba el agua, «eso, hija, se dice al plantón», me decía. Se sabía cada nombre de los peces. Era un hombre que nos dio todo lo mejor de él hasta que su memoria se apagó poco a poco y volvió a ser un niño...

ROSALBA FLORES ARAVENA, 61 años, Antofagasta.

La cuerda floja

Yo estaba visitando a mi abuelita en el cementerio de Antofa, hasta que vi a un viejito sentado en una banca. Me senté con él. «¿A quién vino a ver?», pregunté. «A mi esposa querida», dijo. «¿Usted cree que debía fallecer?». «Mijita, todos debemos fallecer, la vida es solo el espacio entre dos muertes y en no mucho volveré a verla».

SOFÍA ARAYA TORRES, 12 años, Antofagasta.

El paquete con manillas

Lo embarcaron en ferrocarril para llevarlo hasta Calama, lo acomodaron entre las otras cargas, envuelto en papel, de esos que usaban en las tiendas y amarrado con pitas blancas. Era un elegante paquete de forma alargada. En Prat, Neira dijo: se corrió el paquete. En Baquedano avisaron: va girado hacia la puerta. En Sierra Gorda, Gacitúa indicó: viene cruzado. Al llegar el tren a Calama, de noche el paquete era esperado por una dama de riguroso luto, un cura y otros feligreses que se persignaban al tomarlo de las manillas y sacarlo del carro.

HIGINIO CORTÉS VEGA, 71 años, Antofagasta.

Arturo

Taltal, una comuna a la que voy cuando mi vida en la ciudad me agota. Ir al terminal de buses y pensar en que ojalá me toque un asiento a la ventana en que se vea el mar. Llegar y que esté mi abuelo, con sus característicos shorts y chalas aunque estemos a 12°C, mirando a la puerta del bus esperando a que se baje su «Catita», y yo pensando si nuevamente me dirá que estoy grande, «hecha toda una señorita».

CATALINA MONTECINOS DONOSO, 15 años, Antofagasta.

Recuerdos

Llego a La Portada con un sentimiento de nostalgia al recordar todos esos momentos de mi infancia, y también al darme cuenta de que me encuentro sola y que todas esas personas importantes que están en esos bellos recuerdos ya no se encuentran a mi lado y la única manera de encontrarnos de nuevo es en las estrellas de este bello cielo.

DANIELA DÍAZ MACAYA, 16 años, Antofagasta.

Aluvión del 91

Premio al Mejor Relato de la Memoria

Estaba yo en casa de mi abuela, hasta que ella, perdida-mente mirando al mar, comienza a hablar sobre cómo vio un llanto gigante color café caer sobre su ciudad.

JOAQUÍN LUENGO MARTÍNEZ, 16 años, Antofagasta.

Entre luces

Mi mami es la mejor bailarina de todas las que hay. «Espérame quietita», me dice, mientras besa mi frente. La avenida Angamos es su escenario. La luz roja... su señal para entrar en acción, le doy play a lo que queda de nuestro parlante y la música comienza, se mueve entre los autos con ritmo y gracia, contorneándose en su disfraz rosado de cerdita, los niños le sonríen y ¡hasta le dan monedas! La luz verde indica el fin del show... señores y señoras, hasta la próxima. 350 pesos en recaudación, mi mami es la mejor bailarina... mi mami es Peppa Pig.

CARLOS ALVAREZ ARAYA, 36 años, Calama.

Éxito

Llegó desde donde no hay mar y traía a cuesta varios que aún ni los mocos se limpiaban. Se instaló en la feria, pues era a lo mucho, le dijeron, lo único a lo que podía aspirar. Un día con ropa usada, al otro con un carrito de empanadas, y entonces, de pronto, vendió unas cuantas, y otras cuantas más. Ahora le miro por la ventana, ¡ahí mismo!, en la esquina donde se paraba, abrió un gran negocio, que bautizó como Éxito y pasan a comprar las mismas lenguas largas, esas que le dijeron: «Mija, tú no serás nada».

IRMA ALARCÓN VARGAS, 68 años, Antofagasta.

Vida después de la muerte

Mi tata siempre me tocaba canciones en el piano antes de dormir y yo me iba feliz a acostar. Un día él falleció. Pasó una semana y, mientras dormía, escuché una canción. Era él, tocando el piano otra vez.

ALMENDRA GÓMEZ PUENTES, 13 años, Antofagasta.

Amigo viejo

Es difícil olvidar las memorias pasadas, más cuando eres viejo y adulto. No puedes olvidar que tienes un amigo, un pequeño amigo, pienso que refleja tu alma. Cómo le regalaste esos lujos que tú no pudiste tener o quizás al hijo que nunca tuviste. Me hubiera gustado preguntarte, lástima que ya no estás. «Antofagasta es hermosa, en especial en La Caleta, donde se hacen los mejores panes con pescado frito», decías, a pesar de tu edad tenías el alma de un niño como antes. Gracias por enseñarme esta perla del norte.

HUGO ADAOS PIZARRO, 15 años, Antofagasta.

Te recuerdo, tata

Yo te esperaba ansiosa en la puerta, ahora solo quiero una señal de ti. En el aeropuerto yo te esperaba en la esquina, ahora solo te veo en lo más lejos del campo del cielo. Cuando yo veía un colibrí era normal, ahora te recuerdo como un colibrí dentro de mi corazón. Íbamos a La Portada, ahora voy hacia allá a sentir tu aliento. Siempre pienso en ti y te recuerdo como un colibrí volando entre los rosales y girasoles. Espérame, tata.

RAYÉN ARAYA ROJAS, 11 años, Antofagasta.

Reencarnación

Escuché a dos edificios conversar sobre la muerte, cuestionando si hay una vida más allá. Yo les dije que sí, que he visto reencarnar a edificios en mall chinos o estacionamientos.

JONATHAN CEA MEDINA, 36 años, Antofagasta.

El cuidador

Hirviendo el agua en aquella noche, listo para tomar el tacho de té antes de ir a dar la última vuelta a la salitre-ra. Doblo la esquina de esa casa abandonada y veo personas saliendo de aquella iglesia también abandonada. Al fondo se escuchaba el canto de un coro angelical al finalizar esa tarde de domingo. Pienso que esas tardes fueron y serán simplemente hermosas, un recuerdo que no morirá jamás. Cierro la puerta de mi refugio y al caer la noche me recuesto esperando el próximo atardecer para unirme con ellos. Mi hora de partir ha llegado.

DANIEL ZAMBRA CONTRERAS, 49 años, Antofagasta.

Muerte y vida en la pampa

Los fósiles de caracoles, los conchales huentelauquén, las oficinas salitreras desoladas y ves la ciudad de Antofagasta, cuánta vida después de tanta muerte.

LUIS ORTIZ CORTÉS, 34 años, Antofagasta.

Círculos en el cielo

Los jotes se alzan sobre nosotros. Sobrevuelan la ciudad con arrogancia en busca de la próxima víctima. Ataviados de oscura majestuosidad, su danza de círculos espectrales asciende contra el cielo claro y luminoso señalando a quien ya ha cumplido su tiempo. La marca definitiva sella el infortunio y ellos se repliegan hasta desaparecer. La muerte sigilosa se prepara a cruzar el mar mientras su apacible silbido se oye junto al viento que corre desde las pampas desoladas.

FELIPE TRIGO CARVAJAL, 35 años, Antofagasta.

La Perla del Norte

Premio al Talento Joven

En el jardín era una niña muy linda, simpática y llamativa, pero lo llamativa era porque no tenía mis dientes de adelante. Entonces me decían la Perla del Norte, por tener un agujero en la dentadura como La Portada.

ALISHON TORREJÓN MENESES, 16 años, Antofagasta.

Las voces de las flores

Antofagasta es un lugar tan chico que hasta las flores se conocen y murmuran de nosotros.

YOMAHYRA MAMANI ROSA, 15 años, Antofagasta

Milagro

Las personas se sorprenden al ver que mi patio está lleno de plantas, incluso árboles. Yo me sorprendo al pensar en el milagro de que ese pequeño jardín crece en el desierto más seco del mundo.

CLAUDIA SEPÚLVEDA CABAÑAS, 46 años, Antofagasta.

Pancitos

Si las ciudades de Chile son pancitos, Antofagasta es el pan con mantequilla y aceitunas.

FRANCISCO-JAVIER RÍOS ARAYA, 38 años, Antofagasta.

¿Quién me amarra a esta ciudad?

Será el mar, la gente, el señor de la micro, los perritos de la calle, mi madre o los cinco churros por \$1000. Aún no sé, pero quiero quedarme aquí toda mi vida.

MATÍAS LOYOLA ÁLVAREZ, 17 años, Antofagasta.

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

Participa hasta
el 21 de julio de 2025
en www.antofagastaen100palabras.cl

Presentan

ESCONDIDA | **BHP**



Medios
asociados



EL MERCURIO

La Estrella

Colabora

